

DOMINGO XXVII ORDINARIO

Queridos hermanos y hermanas:

No son siempre muy populares las enseñanzas que nos va transmitiendo Jesús, según el evangelio de Lucas. Si los domingos anteriores eran mensajes tan difíciles como el uso de las riquezas, hoy nos habla de otras actitudes como la fe, la paciencia, la humildad, la sencillez y la confianza en Dios, que tampoco están precisamente en el primer puesto de las preferencias del hombre de hoy.

Tenía razón Habacuc al escandalizarse por el mal que veía en el mundo y la aparente pasividad de Dios. En la historia sólo veía violencias y catástrofes: habían escapado del imperio de los asirios, pero habían caído en el de los babilonios, que amenazaba ser peor.

La pregunta sigue oyéndose con frecuencia, y seguro que a nosotros mismos también se nos ha venido a la mente: ¿Por qué permite Dios todo esto? Las desgracias y las malas noticias se acumulan, unas veces por culpa humana, otras, por imprevistos de la naturaleza. ¿Qué hace Dios para que no exista tanto mal? ¿No se acuerda de su pueblo, de sus fieles creyentes? “¿Hasta cuándo clamaré, Señor, sin que me escuches?” ¿Por qué los malos, los despreocupados, siguen campando a sus anchas, como en tiempos de Habacuc, y a los inocentes les toca sufrir?

Dios, que siempre ha estado a favor de los débiles, se muestra a menudo como ausente. Nos puede desconcertar su respuesta al profeta, porque parece recomendarle sólo paciencia: "La visión espera su momento: si tarda, espera, porque ha de llegar".

Lo que pasa es que Dios no dice cuándo. Como respeta la libertad de las personas -de las buenas y de las menos buenas- el justo tendrá que respetar los ritmos de la historia y los planes de salvación de Dios, aunque no los entienda del todo. Al profeta no se le da la respuesta completa, pero se le pide una actitud de confianza y de fe: "El justo vive de la fe".



Como dice la Virgen en su Magnífica, creemos que Dios derriba a los poderosos, despide vacíos a los ricos, a los humildes los enaltece y a los hambrientos los llena de bienes. No sabemos cómo ni cuándo, pero la cizaña algún día será separada del trigo.

Lo cual no significa que no tengamos que luchar contra el mal y hacer lo posible por mejorar este mundo. La respuesta de hoy no se puede considerar completa: en otras ocasiones, por los profetas, Dios urge a una acción en contra de la injusticia. Pero confiando en él, no en nuestras fuerzas. No con la violencia, sino con el esfuerzo y el trabajo. Esa es la característica del creyente: "El justo vivirá por su fe". Mientras que "el injusto tiene el alma hinchada", porque no cuenta con Dios en su vida.

Hacer el bien gratuitamente

La misma confianza en los planes y en los ritmos de Dios nos pide Jesús en el evangelio: no debemos pedirle cuentas o exigirle derechos, sino seguir nuestro camino con humildad y con confianza de hijos.

El pasaje de hoy es desconcertante. Parece como si Jesús defendiera una actitud tiránica del amo con su empleado. Cuando este vuelve del trabajo del campo, todavía le exige que le prepare y le sirva la cena. Jesús no está hablando de las relaciones laborales ni alabando al que explota al trabajador. Lo que le interesa subrayar es la actitud de sus discípulos ante Dios, que no tiene que ser como la de los fariseos, autosuficientes, que se presentan ante Dios como exigiendo el premio. Sino la humildad de los que, después de haber trabajado, no se dan importancia y son capaces de decir: "Somos unos siervos inútiles, hemos hecho lo que teníamos que hacer".



Eso, tanto en relación con Dios como en nuestro trabajo comunitario, eclesial o familiar. La tendencia espontánea es pasar factura por todo lo que hacemos. Jesús, por el contrario, nos dice que no nos presentemos ante Dios ni ante los demás exhibiendo una lista de derechos y méritos, sino con humildad y sencillez. ¿Llevan acaso los padres contabilidad de los servicios que realizan en la familia? ¿O el amigo de sus favores a un amigo? Los cristianos hacemos el bien gratuitamente, con amor de hijos y hermanos: "Hemos hecho lo que teníamos que hacer". La salvación no la conquistamos nosotros a base de méritos. La salvación siempre es gratuita, es don de Dios.

Tenemos que hacer el bien sin ir pregonando a todos nuestros méritos. Entre otras cosas, porque también los otros trabajan. Y, además, si hemos recibido gratuitamente dones de Dios, es justo que demos gratis, sin quejarnos demasiado si nadie nos alaba ni nos aplaude. Dios seguro que sí nos está aplaudiendo, si hemos dado con amor. En otra parábola, Jesús afirmó que el amo, al volver de viaje y encontrar a sus empleados bien ordenados, les servirá él mismo la cena.

Auméntanos la fe

Jesús nos invita a purificar las intenciones y las motivaciones de nuestro trabajo. Al menos en algunas épocas de nuestra vida, a todos nos cuesta creer. No tenemos la misma fe de Abrahán, que obedeció y se puso en camino sin saber a dónde le llevaba Dios. Ni la de María, que aceptó el plan de Dios en su vida, aunque luego el anciano Simeón le avisó que una espada le iba a atravesar el alma. Tal vez merecemos también nosotros la queja de Jesús: "Hombres de poca fe, ¿por qué dudan?".

Tendremos que pedir a Dios, con voz bastante fuerte: "¡Señor, aumentanos la fe!". Como lo hicieron los apóstoles a Jesús, después de haber escuchado -un poco asustados- lo que en domingos pasados hemos escuchado que les decía sobre las exigencias que comporta el seguimiento de Jesús y lo de la puerta estrecha para salvarse.



Sin fe, no veremos que las riquezas no son lo más importante, o que hay que saber renunciar a cosas secundarias para asegurar las principales, o que nuestra vida de entrega a Dios y al prójimo debe ser gratuita y desinteresada. Necesitamos de fe para seguir amando, para seguir trabajando, para seguir viviendo en cristiano. "Señor, aumentanos la fe".

Seguramente todos nosotros hemos experimentado las mismas dificultades: vivir como buenas personas, y además en cristiano, no resulta fácil. Pueden presentarse obstáculos desde fuera o fatiga y desánimo desde dentro. Vemos cómo algunos -o nosotros mismos- titubean en su fe, o caen en el desaliento, llegando a dudar de principios que creíamos intocables. Por eso es bueno que nos demos por interpelados por las palabras de Pablo: "no tengas miedo a dar la cara por nuestro Señor ... toma parte en los duros trabajos del Evangelio".

Jesús nos avisó más de una vez que no íbamos a encontrar demasiadas facilidades en nuestro camino. Pero el mejor ejemplo de valentía y perseverancia en el camino es el del mismo Jesús, que ante Pilato dio testimonio valiente: "yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad". Y fue coherente hasta la muerte en esta fidelidad a su misión.

También nos hizo la gran promesa: "Y saben que yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo".

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador